



DEL ABUELO VICENTE

CAPITULO XIV LAS AZAÑAS DEL "TUL"

Cuando cazábamos en el "Chaparral" no teníamos perros, pues los que le mandaban a Victoriano, de la Fuente, y los que traían los de Villarrubia servían poco o nada y tanto en las bocas como en las matas se nos quedaba mucha caza. Un día discutiendo sobre la bondad de los perros les dije que le tenía pedido un perro al fondista Morán que tenía una perra preñada que era perdiguera y tenía muy buena raza y que, si me lo daba, les demostraría como eran los perros buenos.

Parió la perra y Morán me avisó para que eligiera y cuando estaba para destetarse me llevé al elegido que era canelo y muy parecido a la madre pero con las orejas mayores y al que mi hermana Angelita puso el nombre de "Tul".

Desde el primer momento demostró obediencia y buenos vientos, pues buscaba con interés y encontraba pronto cuantos objetos le escondía y cuando traía yo caza se ponía a traerla; como aun no podía levantarla del suelo la arrastraba hasta mí. La primer "proeza" fue que un día que di a mi mujer tres conejos que los puso en el suelo de la despensa no hacía más que oler y como no le perdía paso, para no perder el rastro, olía debajo de la puerta; cuando fuimos a cenar mi mujer abrió la despensa para sacar el pan y como estaba de espaldas, el perrillo cogió un conejo y, arrastrándolo me lo llevó al comedor.

Cuando apenas podía andar, lo llevaba al monte montado en la tartana y cuando salíamos, como olía tanto rastro de caza, se volvía loco y había que ver las fatigas que pasaba cuando le mandaba traer algún conejo. En este ambiente se educó aquel animal y como yo nunca le mandé en falso, no volvía sin encontrar una pieza. Entre las muchas faenas que hizo contaré alguna de las principales: cuando nos poníamos a comer en el Monte casi nunca estaba el "Tul", pues se dedicaba a recorrer las posturas por si había quedado algo y en muchas ocasiones se presentaba con un conejo, perdiz o liebre que aun estaban vivos y sólo tenían rota un ala o pata. En un ojeo en el "Chaparral" tiró Federico una liebre que se metió en un matorral que era grande y cuando terminó el ojeo entraron los perros a sacarla y no la encontraron; llegué en aquel momento con el "Tul" (pues yo había ocupado el último puesto) y me dijo Federico que lo mandara



Papel pintado en el Museo de Artes Decorativas de Madrid, donde se escenifica una cacería

a buscarla, pues estaba seguro de que la liebre no había salido de la mata; le dije que tirara una piedra por donde había entrado la liebre mandándole que fuera por ella y apenas entró en la mata salió con ella en la boca pues la liebre murió nada más entrar en la espesura. Otro día tiró Reguillo a una liebre... (Continuará).

COMENTARIO

D. Vicente da una lección de como llegar a tener un fiel compañero y colaborador para su gran afición, la caza. Empieza por seleccionar un ejemplar de raza "perdiguera", especie muy inteligente y de olfato desarrollado, de largas orejas; después le enseña a localizar las piezas por el olfato y a traérselas hasta donde él está; se lo lleva, desde muy pequeño, al campo para habituarlo al ejercicio de la caza, al ruido de las escopetas, a las inclemencias del tiempo, a la presencia del hurón, de los machos de perdiz y de otros perros que serán sus compañeros en las cacerías; pero, sobre todo, se establece un vínculo de afecto entre el dueño y el animal hasta ser considerado como un miembro más de la familia. De esta manera el "Tul" llegó a ser considerado como un ejemplar único para la caza.

En el próximo capítulo seguiremos conociendo las proezas de este ejemplar que tan bien supo educar el Sr. Noblejas.

JESUALDO SANCHEZ BUSTOS